

DIARIO UNIVERSAL

MADRID.—AÑO I. NÚM. 145.

Paseaje de la Alhambra.

Domingo 24 de Mayo de 1903

San Marcos, 37.

Director: AUGUSTO DE FIGUEROA

MADRID, CASTILLO FAMOSO...

La corte de España, la capital de la Monarquía, sigue siendo en pleno siglo XX poco menos que el castillo famoso que, según reza el romance, aliviaba el miedo al Rey moro. Ni eso siquiera, porque ahora no le alivia el miedo a nadie; antes al contrario, se lo produce a todos los que creyendo que van a encontrar en Madrid una población moderna, sana, higiénica y alegre, con la alegría de la buena salud, se encuentran, a poco que se rasquen en su dorada corteza, un poblachón antihigiénico, estrecho e incapaz para los usos de la vida, infecto en muchos sitios, foco de mil enfermedades y asilo de todas las miserias.

Es un baldón nacional tener que decir estas cosas, y es una vergüenza, todavía mayor, verse obligado a declararlas en los instantes mismos en que vienen camino de la corte unos cuantos centenares de extranjeros.

Cuando en estos últimos días la alarma producida por el desarrollo del tífus. Hace cerca de un mes que la Prensa viene ocupándose del asunto, sin que, por desgracia, pueda decirse otra cosa sino que el terrible mal aumenta y se estaciona o se propaga con la misma facilidad con que pudiera estacionarse o propagarse en cualquier tribu rifeña o en cualquier aduar marroquí. De las iniciativas de las autoridades sabemos muy poco, y aun ese poco más valdría ignorarlo. Parece que todas las medidas higiénicas se han reducido hasta ahora al traslado de los enfermos, mediante el cual sólo se ha conseguido llevar al contagio a centros que permanecían a salvo de la enfermedad.

Pero, ¿qué milagros vamos a pedir ahora a las autoridades? La culpa es muy vieja, la responsabilidad alcanza a mucha gente, a tanta, que es casi imposible personalizar. Es un vicio de raza como cualquier otro éste que nos condena a vivir divorciados de la higiene y que nos coloca en las estadísticas de mortalidad en un lugar que debería avergonzarnos. Ahora se alarma la gente porque se le dice en letras de molde que hay mucho tífus en Madrid; pero, ¿cuándo lo hay? ¿Cuándo nos vemos libres de esa plaga? Ocurro con el tífus lo que ocurre con la viruela. En otros países casi se ha desterrado esa mortífera dolencia; en el nuestro, y muy especialmente en Madrid, se estaciona como las endemias. No hay mal, no hay azote que aquí no prospere y se prolongue indefinidamente. Pasan los años y los lustros, y no se adelanta en materia de higiene ni un solo paso.

Ofrece la capital de la Monarquía un fenómeno muy curioso. Quizá ese fenómeno es la causa lejana, pero fundamental, de los males que sufre. No sólo no conocen la población los provincianos que viven en ella unos cuantos días, sino que la desconocen la mayor parte de los madrileños. Los provincianos no pasan generalmente a hacer muy bien de esas calles, de esos paseos, de esos centros urbanos que dan a Madrid la apariencia engañosa de capital europea. Pero hay también mucha gente que, habiendo pasado en la corte la mitad de su vida, conocen el pueblo en que viven como pudieran conocer un paisaje de la luna. Son esos elementos sociales los que por su calidad y condición pudieran influir en el remedio. El mal permanece casi ignorado, y la ignorancia es el primer motivo de la persistencia. Ahí, si se conociera el Madrid de la sociedad, de la infección y de la miseria, pocas poblaciones habrá en que la vida se desenvuelva en una atmósfera tan viciada y en que la vida sea tan triste, tan dura, tan cruel con los miserables! Pero el madrileño abonado a los cafés y a los toros; el madrileño que a pie ó en coche, ó a caballo ó en automóvil, desfilaba al anochecer por la Carrera de San Jerónimo, no sabe nada de ese poblachón inhumano y triste, ni del modo como viven millares de sus morados que arrojan diariamente a las escasas grandes vías de Madrid, en que el lujo y el bienestar se dan su diario rendez-vous, esa nube de mendigos que constituye otra lamentable característica nacional.

Si se conocieran los infectos rincones de la corte, quizá el miedo nos impulsaría a todos a escapar diariamente por el remedio; si se apropiarán en toda su extensión las miserias de Madrid, quizá sentiríamos más vivamente un impulso de humanidad por remediarlas. No es éste un pueblo alegre como generalmente se cree; es una ciudad triste, en la cual el problema de la salud es una amenaza constante. Madrid no reúne hoy condiciones ni aun para las necesidades de la circulación; es incómodo, estrecho, vetusto y en gran parte abandonado a la más peligrosa de las incurias. Una visita a los centros de población, a las viviendas, a los establos en que la gente pobre se apiña en una horrible promiscuidad, atemorizaría los ánimos de los más desocupados. Viendo esos focos de infección constante, poniéndose en contacto con esa miseria negra, se comprende que Madrid nunca se vea libre del tífus, de la viruela, de cien y cien plagas que nos hacen pagar a la muerte un tributo desproporcionado y enorme. — Ahora nos hemos alarmado todos y se habla un poco del asunto. Mañana volveremos los unos al silencio y los otros al tradicional abandono de sus funciones. Madrid seguirá siendo lo que es, y las gentes muriéndose lo más tranquilamente posible como moros que se rascan su lora al sol convencidos de que un implacable fatalismo preside las leyes del mundo...

A través del mundo

Los americanos no conceden por lo visto importancia alguna a la elocuencia forense. Entre los individuos que componen el Tribunal Supremo de California figura un abogado, cuyo talento es inmenso, pero en cambio tiene la desgracia de ser sordo y... mudo. Redacta sus consultas por escrito y las hace pagar muy bien.

Tienen que hablarle a voces, y así y todo, muchas veces no se entera de lo que le dicen.

Mr. Merchan, ministro plenipotenciario de Cuba en España y en Francia, ha llegado a París, procedente de Madrid, y acompañado de Monsieur J. A. Barnett, vicecónsul en París, que salió a recibirle a la frontera española.

En la estación esperaba casi toda la colonia cubana, entre los cuales figuraban muchas personas que nos son conocidas: los Sres. Mendiola, Pedro, Pavia, Sterling, Izaga, Morales, Bobadilla, Reyes, conde Babiani, Morado, Moliner, Soriano, Goyenche, Menocal, Torres, Angulo, Caraya, etc.

Un telegrama de Roma asegura que la Emperatriz Eugenia ha llegado de rigoroso incognito a aquella capital.

La noticia se funda en una ilustre viajera que pasa por las calles de Roma y que algunos periódicos afirman que es la triste viuda de Napoleón III.

Se añade que no visitará el Vaticano ni el Quirinal.

Otro despacho nos dice que la Emperatriz se hospeda en casa del conde de Finelli, y asegura que el Papa la recibirá un día de estos en audiencia particular.

Los especialistas en enfermedades de niños de la Facultad de Berlín han tenido estos días ocasión de examinar un niño gigante, fenómeno que no se había dado todavía.

Tiene solamente año y medio, y alcanza ya más de un metro de estatura.

La circunferencia de su torax es de noventa centímetros.

Su apetito es monstruoso; come de todo y con abundancia, hasta el punto de tener atorados a sus padres, que acuden pidiendo al Estado una subvención para soportar mejor la voracidad de su hijo.

Un despacho de Nueva York anuncia que se halla en erupción el volcán del monte Colima, en territorio mejicano.

Por las vertientes del monte corren verdaderos ríos de lava, y la expulsión de escorias y cenizas es grande.

Los ruidos subterráneos en la zona volcánica son formidables y continuos.

Los habitantes de los pueblos situados en la falda del monte huyen abandonando sus casas.

Un millonario americano, Mr. John Rockefeller, posee una vaca de Jersey, de donde, según dicen los inteligentes, son las mejores vacas del mundo, y valen nada menos que 20.000 pesos, habiendo ganado muchos premios en Europa y América.

Hace poco enfermó la preciosa res, y su dueño llamó para que la cuidasen a los seis mejores veterinarios de Nueva York.

Como se hizo esperar la mejoría, Mr. Rockefeller, alarmado, envió un propio a la Universidad de Cornell para que a toda prisa llamara a los cátedráticos Moore y Law, especialistas en Bacteriología y Veterinaria, respectivamente.

Los ruidos subterráneos en la zona volcánica son formidables y continuos.

Los habitantes de los pueblos situados en la falda del monte huyen abandonando sus casas.

Un millonario americano, Mr. John Rockefeller, posee una vaca de Jersey, de donde, según dicen los inteligentes, son las mejores vacas del mundo, y valen nada menos que 20.000 pesos, habiendo ganado muchos premios en Europa y América.

Hace poco enfermó la preciosa res, y su dueño llamó para que la cuidasen a los seis mejores veterinarios de Nueva York.

Como se hizo esperar la mejoría, Mr. Rockefeller, alarmado, envió un propio a la Universidad de Cornell para que a toda prisa llamara a los cátedráticos Moore y Law, especialistas en Bacteriología y Veterinaria, respectivamente.

Los ruidos subterráneos en la zona volcánica son formidables y continuos.

Los habitantes de los pueblos situados en la falda del monte huyen abandonando sus casas.

Un millonario americano, Mr. John Rockefeller, posee una vaca de Jersey, de donde, según dicen los inteligentes, son las mejores vacas del mundo, y valen nada menos que 20.000 pesos, habiendo ganado muchos premios en Europa y América.

Hace poco enfermó la preciosa res, y su dueño llamó para que la cuidasen a los seis mejores veterinarios de Nueva York.

Como se hizo esperar la mejoría, Mr. Rockefeller, alarmado, envió un propio a la Universidad de Cornell para que a toda prisa llamara a los cátedráticos Moore y Law, especialistas en Bacteriología y Veterinaria, respectivamente.

Los ruidos subterráneos en la zona volcánica son formidables y continuos.

Los habitantes de los pueblos situados en la falda del monte huyen abandonando sus casas.

Un millonario americano, Mr. John Rockefeller, posee una vaca de Jersey, de donde, según dicen los inteligentes, son las mejores vacas del mundo, y valen nada menos que 20.000 pesos, habiendo ganado muchos premios en Europa y América.

Hace poco enfermó la preciosa res, y su dueño llamó para que la cuidasen a los seis mejores veterinarios de Nueva York.

Como se hizo esperar la mejoría, Mr. Rockefeller, alarmado, envió un propio a la Universidad de Cornell para que a toda prisa llamara a los cátedráticos Moore y Law, especialistas en Bacteriología y Veterinaria, respectivamente.

Los ruidos subterráneos en la zona volcánica son formidables y continuos.

Los habitantes de los pueblos situados en la falda del monte huyen abandonando sus casas.

Un millonario americano, Mr. John Rockefeller, posee una vaca de Jersey, de donde, según dicen los inteligentes, son las mejores vacas del mundo, y valen nada menos que 20.000 pesos, habiendo ganado muchos premios en Europa y América.

Hace poco enfermó la preciosa res, y su dueño llamó para que la cuidasen a los seis mejores veterinarios de Nueva York.

Como se hizo esperar la mejoría, Mr. Rockefeller, alarmado, envió un propio a la Universidad de Cornell para que a toda prisa llamara a los cátedráticos Moore y Law, especialistas en Bacteriología y Veterinaria, respectivamente.

Los ruidos subterráneos en la zona volcánica son formidables y continuos.

Los habitantes de los pueblos situados en la falda del monte huyen abandonando sus casas.

Un millonario americano, Mr. John Rockefeller, posee una vaca de Jersey, de donde, según dicen los inteligentes, son las mejores vacas del mundo, y valen nada menos que 20.000 pesos, habiendo ganado muchos premios en Europa y América.

Hace poco enfermó la preciosa res, y su dueño llamó para que la cuidasen a los seis mejores veterinarios de Nueva York.

Como se hizo esperar la mejoría, Mr. Rockefeller, alarmado, envió un propio a la Universidad de Cornell para que a toda prisa llamara a los cátedráticos Moore y Law, especialistas en Bacteriología y Veterinaria, respectivamente.

Los ruidos subterráneos en la zona volcánica son formidables y continuos.

Los habitantes de los pueblos situados en la falda del monte huyen abandonando sus casas.

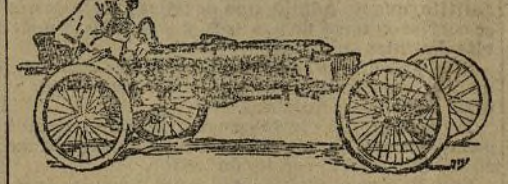
Un millonario americano, Mr. John Rockefeller, posee una vaca de Jersey, de donde, según dicen los inteligentes, son las mejores vacas del mundo, y valen nada menos que 20.000 pesos, habiendo ganado muchos premios en Europa y América.

Estamos seguros de ello y lo decimos sin género alguno de ironía, porque la rectitud del Sr. Maurel como hombre de administración y de los que algún día le atribuirán los méritos de la reforma.

El director del Diario Universal lamenta tener que molestar con la denuncia de este hecho concreto la atención del señor ministro y la de los lectores del periódico. Sirvale de disculpa el tratarse de un caso de justicia, de aquellos en que cotidianamente nos allanamos a las reclamaciones de los extraños. No hemos de hacer de peor condición a los amigos ó allegados.

LA ACTUALIDAD

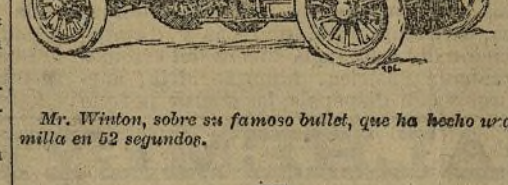
Algunos coches de la carrera



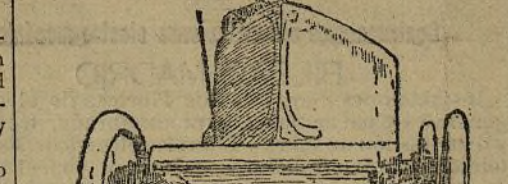
Mr. Thomas en su automóvil, que ha hecho la milla en un minuto y seis segundos; 90 a 100 kilómetros por hora.



Mr. Winston, sobre su famoso buitre, que ha hecho una milla en 22 segundos.



Mr. Serravallo, que ganó la copa de Bostitch, en el concurso de Niza.



Mr. Le Blon, segundo campeón de la carrera Niza, en su coche Gardner-Serpellet.



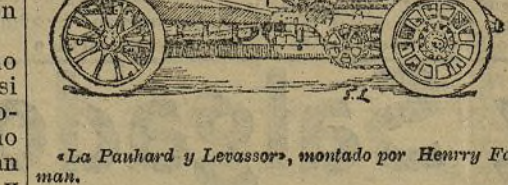
«La Paulhard y Levasseur», montado por Henry Paulhard.



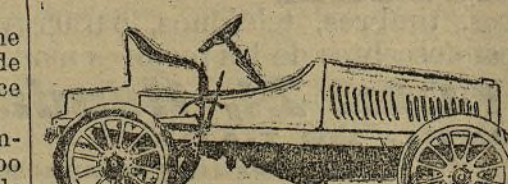
La Mercedes, coche del barón de Cater.



Automóvil Decauville, conducido por Mr. Thery.



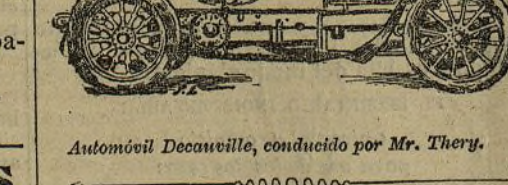
Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



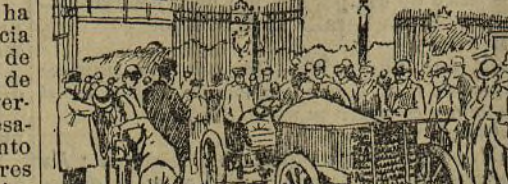
Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



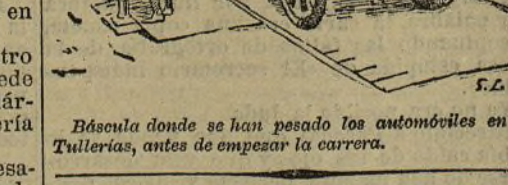
Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



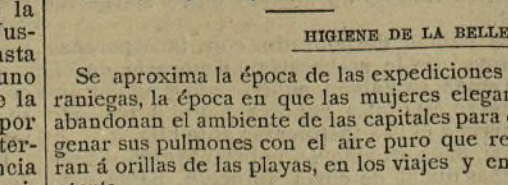
Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



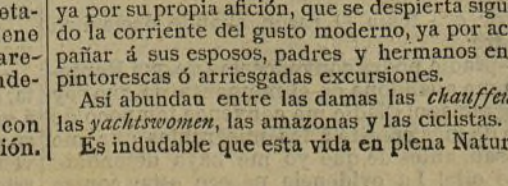
Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



Bécula donde se han pasado los automóviles en las Tullerías, antes de empezar la carrera.



za, al aire libre, ejerce una benéfica influencia sobre el organismo y es un poderoso auxiliar de la higiene.

Pero la mujer teme siempre perder su delicadeza femenina, su aparente debilidad, que es el mayor de sus encantos, y de aquí los crecientes cuidados que a su belleza se le atribuyen.

El aire que la vivifica, el sol que la envuelve en sus efusivos luminosos, las brisas marinas que comunican nueva fuerza a todo su ser, pueden estropear la figura de su cutis y esto hace que muchas sacrifiquen estos placeres y hasta su salud para conservar la belleza.

Sin embargo, es sumamente fácil conciliarlo todo. En la higiene está el remedio del temido mal; y las señoras pueden estar seguras de no perder su frescura y belleza en los sports, con el cuidado escrupuloso y los sencillos remedios que la experiencia aconseja.

Para preservarse de las irritaciones producidas por el sol y por el aire, debe ponerse sobre el rostro una capa de polvos de arroz, que se cuidará de quitar para favorecer la transpiración de los poros una vez terminada la excursión.

Para esto se lavará bien la cara cuidando de no exponerla a ninguna corriente de aire, mezclada con agua unas gotas de agua de Colonia.

Son maravillosos resultados que ésta proporciona a sus propiedades refrescantes.

Suaviza la piel, evita las irritaciones, enfermedades de los ojos, neuralgias, barbillos, puntos negros, etc.

Pero hay que tener un esquisito cuidado en su elección. Así como hay una buena calidad de la piel, así como la Colonia de buena calidad, nada hay tampoco que tanto perjudique como las preparadas con acetato de plomo, que fabrican algunos industriales para hacerla aparecer lechosa en el agua, y cuya substancia es una de las más nocivas.

No me canso de recomendar a mis lectoras las marcas acreditadas, en que un fabricante conocido garantiza la bondad de sus productos con un nombre respetable, exponiéndose a los inconvenientes y perjuicios que le originaría el demostrar un fraude.

Se venden muchas Colonias baratas, con marca de casas alemanas, inglesas y francesas que no existen.

Ninguna Colonia puede hoy competir con la española. El alcohol de vino, único que debe emplearse en este preparado, está más caro en el extranjero, y agregando a esto los derechos, fácilmente se comprende que no pueden ser buenos esos productos baratos, de los que es preciso huir.

A mi juicio, la Colonia más recomendable es la Colonia Gal, fabricada con esencias exquisitas e inofensivas y alcohol de vino, como se distingue en el aroma característico del éter anánico, imposible de imitar con otra clase de alcoholes.

La fábrica de la perfumería madrileña Gal, que con éxito con todas las mejores perfumerías, y su Colonia se recomienda para preservarse de las congestiones de la piel y evitar las pecas producidas por el calor y el sudor.

Son muchas las damas elegantes y personajes notables que usan como única loción el agua de Colonia. Entre estos últimos puede citarse a Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII, que usa sólo este preparado para lavarse, mientras que su augusta madre tiene particular predilección por la fragancia de las violetas, en cuya fabricación se distingue también la casa Gal.

DE NUESTRO CORRESPONDENTE

Vigo 24 (6 m.)

A las cinco de la tarde salió ayer el tren que conduce a Madrid al Príncipe Enrique de Prusia.

Le acompañan dos ayudantes, un médico, el agregado de la Embajada alemana en Madrid, don de Sierren, el primer secretario de la Inspección del Palacio de Madrid, don Gerardo Ferrer, los cuales condecoraron ayer mañana con el Príncipe, a bordo del acorazado Federico III.

Hasta el número de veinte ocupan dos vagones en el tren correo, entre servidumbre y empleados.

El Príncipe hizo los honores una compañía con bandera y música, que tocó la Marcha Real al ponerse el tren en marcha.

El Príncipe, que vestía uniforme de almirante, cuadrado frente a la ventanilla, saludaba militarmente.

Le despidieron las autoridades civiles y militares, y regresará el jueves próximo.—Valencia.

UN PUEBLO SIN AGUA

Pidiendo socorros

En atenta y cariñosa petición al alcalde de Almoñillas, D. Adolfo Oriach, nos participa que ha dirigido un telegrama al Rey y otro al presidente del Consejo de ministros implorando el auxilio de los Poderes públicos para que acudan en alivio de la espantosa miseria que padecen los vecinos del mencionado pueblo, en donde las cosechas se han perdido totalmente y se carece de agua hasta para los usos más indispensables.

A S. M. dicen: «Gracias al extraordinario desarrollo dado a las obras del canal de Aragón y Cataluña por el ingeniero Sr. Inchaurreta, nuestro infortunio terminaría el día de mañana, si se cumpliera la promesa de aumentar la consignación».

Y al Sr. Silveira: «Desde hace días, la Compañía del Norte nos trae por caridad el agua necesaria... Si esa medida (el comienzo de las obras del canal de Aragón y Cataluña, en territorio catalán), no se acuerda pronto, no le queda más remedio al pueblo de Almoñillas que la emigración en masa».

Porque la demanda es justa, estamos dispuestos a ayudarla, atendiendo al llamamiento que nos hace el alcalde de Almoñillas.

Sería inhumano, cruel, que el Gobierno no acudiese rápidamente en socorro de los pobres vecinos de ese pueblo, y esperamos que, por una vez siquiera, sean oídos los ruegos del que paga y sufre.

SOCIEDAD DE CONCIERTOS

El concierto de anoche, sexto de abono y nacional, anunciado en él uno de los clásicos de la temporada, la *novena sinfona* de Beethoven, los verdaderos aficionados la aguardaban con impaciencia. Esto no obstante, sólo en las alturas del teatro hubo una buena entrada; en las localidades de precio, siguieron dominando los amantes de los vaqueros que tan triste idea dan del buen gusto de los aficionados pudientes. ¡Todo sea por Dios!

El concierto, por méritos de la extraordinaria longitud de la *novena*, sólo tenía dos partes: la primera dedicada totalmente a Weber, y la segunda a la obra de Beethoven.

De Weber oímos tres overture: la de *Euryanthe*, la de *Oberon* y la de *Freyschütz*; las tres muy bien ejecutadas. Son obras que la Sociedad domina muy bien, porque alternativamente figuran en casi todos sus programas; y a las que además la batuta de Paur dió gran relieve, acentuando bellezas que en otras audiciones no habían resultado tan visibles y llevando las obras con extraordinaria aplausidísima muy justamente.

Y vamos con la *novena sinfona*; de ella lo que más expectación produce siempre es el final, la *Oda a la alegría*, sin duda por la intervención que en él tienen las voces; anoche ocurrió lo que siempre, y como siempre también, y no se tome esta afirmación a irreverencia, el final produjo cierto desencanto; el público evidentemente esperaba más del genio de Beethoven, y aun siendo mucho lo que en el final hay, supo a poco; además, la *Oda a la alegría*, por las tremendas dificultades de ajuste que ofrece y por la elevada tesitura en que están escritas las voces, a las que el autor trata sin piedad alguna, no es fácilmente ejecutable, y anoche, como otras veces, la ejecución, no obstante los esfuerzos de todos, no fué ni con mucho, tan perfecta como hubiera sido de desear.

Esto no obstante, es plausible el esfuerzo de la orquesta y el trabajo de las señoritas Garci-Rubio y Dahlender y de los Sres. Manuelli y Torres, encargados de los solos en la parte vocal.

De los demás tiempos de la sinfonia pueden hacerse elogios más incondicionales; sin el temor que se había apoderado de los trompas, que nos tuvo toda la noche con el alma en un hilo, sin que, finalmente, hubiera catástrofes graves que lamentar, todo hubiera ido admirablemente. Los dos primeros tiempos (*Allegro ma non troppo* y *Molto vivace*), que son hermosísimos, hubieran sido repetidos, el segundo sobre todo, si no se hubiera opuesto a ello su desmesurada longitud.

En los cuatro tiempos de la obra y por efecto del dominio absoluto de la técnica musical que posea el autor y de la que hace falta, en estas cosas que en otra alguna desuobras, resultan largos. Beethoven hace demasiadas cosas, si es lícito hablar así, con los temas que desarrolla en la novena sinfonia.

Probable es que oigamos nuevamente ésta en alguno de los dos conciertos que aún faltan, y es seguro que entonces la oiremos mejor y gustará más.

RECEPCIONES ACADÉMICAS

EN LA DE CIENCIAS EXACTAS

Esta tarde se ha verificado en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales la recepción del nuevo académico D. José Rodríguez Mourello.

El académico

Del Sr. Mourello cabe decir que es, además de un trabajador infatigable y perseverante de la Ciencia y un paladín de la verdad, un conserje la cual tiene, entre otras condiciones envidiables, una voluntad de hierro, puede afirmarse de él, repito, que es de los nuestros, un periodista; pues al periódico y a la revista da frecuentemente el fruto de su persona laborar.

Trabaja sin descanso en el arduo empeño de armar a la Ciencia sus hermanas y a la Naturaleza sus profundos misterios y sus provechosos consejos—que madre cariñosa y experimentada es al fin y al cabo la Naturaleza—para luego dar generosamente en beneficio de todos lo que con tanta fatiga se obtiene, —es labor de alto patriotismo.

Este viene realizando hace varios años Rodríguez Mourello, y por esto acaso, principalmente, ha logrado el sitio que ya desde hoy disfruta. Merecida recompensa a tal obra de cultura.

El discurso

Dedicó su trabajo de ingreso en la Corporación de que ya es miembro, al estudio de la educación científica que deben tener los españoles para cumplir los más elevados fines del progreso en los órdenes material, moral y social, realizando con ello las aspiraciones humanas, por las que tanto se ha trabajado en los tiempos modernos, hasta que se trata de una manera general, y luego de haber rendido al académico a quien va a suceder los debidos homenajes, pues Mourello, como amigo y compañero de estudios de Becerra de Bengoa, que es su antecesor en el puesto, realiza acabadamente el penoso cuanto justo deber de honrar su memoria.

Expone el nuevo académico las dificultades que para la obra de difusión de las ideas científicas tuvieron que vencer sus predecesores, luchando, no sólo con un medio inadecuado, sino hasta hostil, perseguidos por sólo acometer tal empeño, caminando entre tinieblas por el sequeuro de precedentes que se hacía.

Trata después de la evolución de los estudios científicos, y del diverso y modernizado carácter de los actuales cultivadores de la Ciencia; asimismo expone el doble aspecto colectivo e individual que la Ciencia ofrece, y de las condiciones exigibles al hombre de Ciencia para que pueda cumplir los fines educativos.

De una manera retrospectiva, el Sr. Mourello examina el progreso obtenido por el merced a la mecánica. Estudia las relaciones entre la invención, la construcción y el uso de las máquinas, para deducir de qué manera el desarrollo de la ciencia ha ido en aumento, y su labor redentora, haciendo del hombre merced al automatismo, señor y dueño de aquello de que fué en un principio esclavo.

Preocupa la utilidad práctica del trabajo intelectual. Encomia la importancia de la voluntad en la obra científica y el carácter altruista de la Ciencia y su intervención en el progreso moral.

Presenta asimismo otro aspecto de la ciencia moderna; su influencia en el Arte como admirable educadora del sentimiento. No hay—dice a este propósito—Arte verdadero si no se inspira en el puro sentimiento de la Naturaleza, reconociéndolo como su fuente y principal origen.

Elogia la Ciencia en su triple obra educadora de la inteligencia, de la voluntad y del sentimiento, y por los trascendentes fines sociales que realiza y cumple a maravilla. Pide que en tales ideas se funde y a ellas se subordine la educación científica de los españoles.

Establece que en el perfecto conocimiento de la Naturaleza está el ideal supremo de la educación, y el mejor punto de partida para levantar a la Patria de su actual postración. El asunto, en conjunto—dice—comprende estos tres problemas: el medio científico educativo, los métodos de educar y los educadores.

Estudia los elementos primordiales que distinguen dichos problemas. Examina los factores que forman la tradición científica. Trata de la triste suerte que cupo a nuestra herencia científica, por haber habido quienes se complacieron en amontonar sombras sobre la luz, y a quienes, por el contrario, conveniente a nuestra educación científica, el de depurar y seleccionar los elementos tradicionales que poseemos. Culpa también a nuestra pereza intelectual de la pérdida de nuestra herencia científica.

Expone la importancia del elemento individual en la obra de nuestra educación, y los diversos sistemas. Estriba en él—dice—la superioridad en todos los órdenes de los pueblos más prósperos en lo intelectual, lo

moral y lo social, en haber aplicado a la educación integral de las multitudes los métodos de la Ciencia.

Estudia el nuevo académico la relación entre el método y el medio en que aquél se desenvuelve, sus términos esenciales y sus mutuas influencias.

Señala la autoeducación como una de las ventajas de la Ciencia.

Viendo en qué consiste—dice—nótese que es una forma superior de adaptar el individuo a las condiciones de su vida, en virtud de continuadas operaciones que representan, en definitiva, el trabajo total de quien, animado de exquisito espíritu de perfectibilidad, pone firme empeño en realizarse, venciendo todo linaje de resistencias.

Aquí, ocupados durante larguísimo tiempo en practicar la selección al revés, empiezan a conservar lo malo ó inútil de las tradiciones; románticos enamorados de un ideal, confundimos lastimosamente los términos; todavía limitamos la educación a simplísimas reglas de urbanidad y determinadas máximas de moral casera y acomodaticia; instruimos luego, haciendo aprender a medias, no la ciencia, sino varios libros que tratan de ella; cultivamos sólo la facultad auxiliar de la memoria, y nuestro fin redúcese a preparar funcionarios; no se extiende a formar hombres, cuando el objeto de la educación científica es dotar a los individuos de la suma de condiciones que forman hombres, en vivir sin necesidad de pretender ser funcionarios. Tratar de conseguirlo por los caminos que ahora llevamos, téngolo por imposible; la esteril práctica de tanto tiempo lo demuestra asimismo; es menester cambiar de métodos, formando a la vez el criterio verdadero y positivo de la utilidad, que es en definitiva el objeto superior de la educación.

El Sr. Rodríguez Mourello concluyó diciendo que el remedio contra nuestro pésimo sistema de enseñar, está, antes que en nada, en los métodos y en el sentido de la educación científica, en los procedimientos reales, no en las teorías abstractas de formar hombres; no en enseñar a medias muchas cosas de dudosa utilidad práctica, sino en enseñar a vivir y a utilizar la vida.

La contestación

Entrar en la Academia, y del brazo de una personalidad tan ilustre como la de D. José Becerra, es, además de honor muy grande, gran suerte

PARÍS-MADRID

LA PRIMERA ETAPA

De París a Burdeos

A continuación publicamos los telegramas que desde Versalles nos envía nuestro redactor-corresponsal en París Sr. Barco, dando cuenta de la salida de los corredores en el trayecto de París a Burdeos. Este trayecto, no está de más el repetir que esta carrera se divide en tres etapas: la primera de París a Burdeos, la segunda de Burdeos a Vitoria, y la tercera de Vitoria a Madrid.

El recorrido de la primera etapa es de 552 kilómetros. Los corredores se proponen emplear en este trayecto de cinco a cinco horas y media, lo cual supone una velocidad superior a 100 kilómetros por hora. El resultado los sabremos hoy si los telegramas de Burdeos llegan antes de cerrar nuestras últimas ediciones de la noche.

La carretera de París a Burdeos es bien conocida de los corredores, porque en ella se celebraron casi siempre las carreras de bicicletas, y después las primeras de automóviles.

Los corredores permanecerán en Burdeos hasta el día 26, en que saldrán a las cinco y media de la mañana para Vitoria. Este segundo trayecto es de 313 kilómetros y 386 metros. En Vitoria estarán desahogados hasta la mañana del 27, en que emprenderán el último recorrido, saliendo a las seis. El cálculo es que llegarán a Madrid los primeros alrededor de las once de la mañana.

El final de la carrera será en los Viveros, donde se construyen las tribunas para el día, para los espectadores y para el público. Pero desde allí, aún han de hacer los automóviles un pequeño recorrido, 9 kilómetros, que no se contarán para la carrera, atravesando Madrid hasta el Palacio de la Industria (frente al Hipódromo), donde se practicará la última operación de pesar los automóviles por si alguno excede de los 1.000 kilos que se admite como máximo.

Antes de la salida

Versalles iluminado

DE NUESTRO REDACTOR CORRESPONSAL

Versalles 23 (10,40 m.)

La población de Versalles está en plena fiesta. Por los trenes que llegan cada cuarto de hora, en bicicletas, en omnibuses, en automóviles, en toda clase de vehículos, no ha cesado de venir gente desde las dos de la tarde. Se calcula que hasta ahora han entrado en Versalles 10.000 almas. La población está engalanada. El edificio del Ayuntamiento luce una espléndida iluminación de 1.500 bombas eléctricas. Los arcos voltaicos en distintas partes de la población esclarecen ésta como si fuera de día.

También están iluminadas las verjas de hierro que dan a llave de la Orangerie, así como las verjas de la Orangerie, de Saint Cloud y de Thiers. Las iluminaciones no se apagaron hasta que sea de día. Casi nadie piensa acostarse esta noche.

Los cafés están llenos de gente aguardando las tres de la mañana, hora señalada para la salida de la primera tanda de automóviles que harán la carrera París-Madrid.

Han comenzado ya a ponerse en fila los automóviles que toman parte en la carrera. El sitio en que están los automóviles, desde la verja de la Orangerie hasta el Hipódromo, hallase perfectamente alumbrado por diversos haces de lámparas eléctricas.

El control de salida lo hará el Automóvil-Club de Versalles, el cual ha dado esta noche un banquete a los miembros del Automóvil-Club de Francia y a la Prensa.

Faltan cuatro horas para la salida. La animación crece por momentos. De cuando en cuando se ven resplandores aquí y allá. Son fotografías que retratan grupos a la luz del magnesio.

El tren especial

Versalles 24 (2 m.)

Acaba de llegar el tren especial organizado por la Compañía de Vagones-Camas para seguir de cerca la carrera París-Madrid.

Los numerosos viajeros que ocupan dicho tren han venido a la población, y después de recorrerla contemplando las iluminaciones, se han encaminado al sitio de donde parten los automóviles para presenciar los preparativos y el principio de la carrera.

Este tren emprenderá nuevamente la marcha a las tres y media de la madrugada, para llegar a Burdeos mañana entre once y doce de la mañana y presenciar la llegada allí de los automóviles que toman parte en la carrera.

Cuarenta mil espectadores

Versalles 24 (2,45 m.)

Por la carretera de París a Versalles, desde las nueve de la noche a las tres de la madrugada, llegan millares de ciclistas, resultando el espectáculo fantástico. Los farolillos de las bicicletas verdes y encarnados cuajan el camino, cuyo hermoso aspecto es imposible de describir.

A cada momento es mayor la animación en Versalles. Cada tren arroja unos cuantos miles de almas que asaltan cafés, panaderías y tiendas de comestibles. A las dos de la madrugada cuesta gran trabajo encontrar un panchillo.

Versalles es pequeño para contener la multitud, y si esto durara muchas horas habría un conflicto por la cuestión de subsistencias.

En las calles es imposible moverse y entenderse. Todo está lleno de bicicletas, automóviles, coches, omnibuses y peatones, produciendo un ruido infernal los millares de bocinas de automóviles y bicicletas y los gritos de los golfos que preguntan el programa oficial.

Hasta ahora se calcula en cuarenta mil almas las que han llegado a Versalles.—Barco.

La salida

Versalles 24 (3,10 m.)

A las tres y cuarenta minutos de esta madrugada, previo disparo de dos grandes bombas, ha comenzado la carrera París-Madrid.

Los automóviles han salido por el orden siguiente, dejando un minuto de distancia de la salida del uno a la del otro: Número 1. Jarrot.—2. R. de Knyff.—3. Louis Renault.—4. Thery.—5. Loraine Barrow.—7. Fournier. Al partir este famoso corredor, que es el favorito, resuenan grandes aplausos.

10. Teste.—14. Werner.—16. Valentin.—18. Stead.—19. Simón.—22. Sidney-Girling.—23. Tourand.—27. Barón de Caters.—28. Quinceau.—29. Madame Du Gast. El público despidió con una gran ovación a la intrépida y hermosa automovilista.

34. Degrais.—35. E. Chaboche.—36. Hieronymus.—38. M. Farman.—39. Kohler.—40. P. Riviere.—43. L. Hautvast.—44. Louis Storer.—45. J. Jourm.—47. Baras.—48. Rigal (aplausos).—49. Gras.—51. H. Farman.—52. R. Tur.—53. Charron, que lleva una mujer muy guapa.

55. Stephen Ribes.—59. C. S. Rolls.—62. Civelli de Bosch.—63. M. Renault.—68. Barón de Forest.—69. H. Rougier.—78. Barón de Crawshaw.—81. P. Bardin.—85. Emile de Bron.—86. Janetzky.—90. Comiot.—82. Koechlin.—92. Girardot.—90. Chauland.—93. Gossel.—94. G. Guders.—70. Taverneux.—96. J. Sallorin.—97. Heath.—99. J. B. Warden.—102. Dennit.—103. Edmond.—106. Langlois.—111. A. Pellissier.—112. Monter.—116. Berteaux.—117. H. Robert.—118. Brun.—119. Le Blon.—121. Rutot.—125. Delaney.—126. A. Van de Pool.—128. Hemery.—129. G. Grus.—136. Henriot.—144. L. Loste.

150. Lamberjack.—151. Osmond.—152. Tart.—153. Voigt.—155. Max.—157. P. Hugu.—158. Van der Heyden.—166. Delebarre de Bay.—168. Gabriel.—171. Beconnais.—172. Jeandré.—173. Sincholle.—175. Caillols.—182. E. Loste.—183. Jondoin.—185. Augières.

186. Efgée.—194. Fraignac.—41. Vonlunt.—195. Lavergue.—196. Lafont.—201. Olivier.—202. Mestayer.—204. D'Udekum d'Acoz.—205. A. Fournier.—207. Ullmann 209. Page.

211. Vincent Lancia.—218. Giraud.—214. H. Austin.—217. Amblard.—219. Rigolly.—225. Duray.—227. Holder.—232. Dernier.—231. Beutler Juvier.—233. Ranson.—243. L. Porter.—248. Gaviaris.—255. Harvey Forsier.—263. Person.—278. Durand.—279. D'Arnaud.—282. Lillie.—288. Rophé.—299. Pagliano.—301. P. Lambert.—290. Terry.—282. Braum.—283. Gastand.—300. Ch. Davand.—303. M. Barbaron.—46. Gasté.—253. Chenti.

254. Kolb-Bernard.—272. M. Versein.—282. P. d'Espel.—313. Gilbert.—314. Darzens.—36. G. Richard.—32. Legras.—37. Masson.—273. Ch. Dombert.—115. Melie.—54. Conille.—57. G. Holley.—65. Wagner.—73. d'Aubignoy.—77. Villeman.—88. Maurice Fournier.—113. Seret.—137. E. Riche.—143. Barillier.—148. Combiere.—71. Achille.—135. V. Collignon.—164. Durand.—184. Cornier.—187. G. Weisser.—192.

Añoche llegó a ésta el automóvil núm. 40, de Alfredo Sussmann, que salió de París dos días antes que los demás automovilistas, con el propósito de esperarlos en El Escorial. Se hospedó en el hotel del Comercio.

Hoy saldrá para Avila si recibe las cubiertas neumáticas pedidas a Madrid. Durante el trayecto se le ha reventado una rueda cinco veces.

Se hacen grandes preparativos para recibir mañana a los automovilistas. Se les recibirá con músicas y cohetes, iluminándose la plaza de Castell, donde ha de celebrarse un concierto.

También habrá en el Liceo función de gala. Los ciclistas harán el servicio de pilotaje. Las autoridades y las distintas Comisiones esperarán a los excursionistas en tiendas de campaña que hay en las afueras de la población.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Mailard.—249. Alard d'Albadie, con una señora que lleva totalmente cubierta la cara.

271. Vilain.—130. Birubum.—140. Sommier.—200. Ganthier.—228. Sanz.—226. De Boisse.—276. Flouret.—807. Dupeux. Este automóvil es de forma chocante y llamará mucho la atención.—223. Aaron.

Las motocicletas

Parten después los motocicletas saliendo de dos en dos, por el orden siguiente. He aquí los números y los nombres:

6. Haugsten.—95.—115. Melie.—134. Lamberjack.—120.—124. Frederick.—132. Demester.—159. Riviere.—154. Segala.—170. Bare.—79. G. Colombel.—181. Lanfranchi.—208. Hector Hugud.—213. Pécourt.—72. A. Gommers.—167. R. Proudhomme.—230. Thiercelin.—250. Griet.—236. Gaston Done.—237. Benoit.—257. J. P. Prost.—258. Jean Lombard.—178. Lesna.—240. Bosut.—260. Condero.—269. J. Ball.—270. J. J. Leonard.—277. Seveste.—280. C. W. Hackling.—281. A. C. Wright.—294. J. Genin.—286. Mailard.—297. Martel.—222. Lumiere.—296. Vaur.—300. M. Garin.—285. Pasquier.

Los rezagados

Antes de que terminen de salir los motocicletas se presentan cinco automovilistas rezagados con la pretensión de partir. Esto origina gran discusión, acordándose que salgan cuando lo hayan hecho todos los motocicletas.

Así se realiza, saliendo los últimos los automóviles 304, guiado por H. Loste; 298, por L. Blazy; el 11, por Thellier; el 31, por Corre, y 131, por d'Hondanville. Cuando sale el último son las siete menos ocho minutos.

Se dispara la bomba de señal, y la multitud desfila, haciendo cálculos sobre el resultado de la carrera.

No hay españoles

Como se ve por la anterior lista, no toman parte en la carrera todos los inscriptos. Eran éstos 314, se anulaban antes de la carrera 39 inscripciones y no se han presentado 54 automóviles y 26 motocicletas. En resumen: que en total sólo toman parte en la carrera 195 máquinas.

A pesar de estar inscriptos, no toman parte en la lucha los motociclistas españoles Sres. Abadal y Rizo, ni el automovilista vascoagado Sr. Calisvalvo.

Tampoco se ha decidido a luchar el famoso millonario Vanderbilt.—Barco.

En el camino

DE LA AGENCIA FABRA

Chartrés 24 (6 m.)

El automóvil núm. 3, que dirige el señor Louis Renault, ha recorrido los 74 kilómetros que hay de Versalles a esta ciudad, por donde ha pasado a las cuatro y cuarenta y un minutos de la madrugada.

Le han seguido: el automóvil núm. 1, que conduce el Sr. Jarrot, que pasó a las cuatro y cuarenta y dos minutos, y el núm. 2, que dirige el Sr. de Knyff, que pasó a las cuatro y cuarenta y tres minutos.

Enorme concurrencia ha presenciado en Rambouillet y Chartres el paso de los automóviles.

La caravana de turistas

DE NUESTROS CORRESPONSALES

Burgos 24 (6 m.)

Llegaron ayer los turistas Emilio Jeanin, Howard Johnston, Paul Roehlin, Auguste Willmo, Alfred Sussman, Abellau, Rost, barón de Jullén, barón Herry Simón, Comte E. Cadignac, Albert Arvengas, Marcel Cohen, G. Freuchant, Bandelet R. Loisel, madame Charlot, Comte Bonvouloir, Comte de Becque, doctor Goucel, Maurice Leroy, Cunson Soutin, Comte de Penha Longa, barón de Dunesque, doctor Grant, Lyman Suette, Georges Sevel, Mayond Woog, Charles Dauette, Montaroli Marteau, Roset Reboul, Stéphane Z. Didier, Paul Sevel, Comte de Fontelleis, Dietrich, Teissien, Bousaye San Bly.—Rodriguez.

Añoche llegó a ésta el automóvil núm. 40, de Alfredo Sussmann, que salió de París dos días antes que los demás automovilistas, con el propósito de esperarlos en El Escorial. Se hospedó en el hotel del Comercio.

Hoy saldrá para Avila si recibe las cubiertas neumáticas pedidas a Madrid. Durante el trayecto se le ha reventado una rueda cinco veces.

Se hacen grandes preparativos para recibir mañana a los automovilistas. Se les recibirá con músicas y cohetes, iluminándose la plaza de Castell, donde ha de celebrarse un concierto.

También habrá en el Liceo función de gala. Los ciclistas harán el servicio de pilotaje. Las autoridades y las distintas Comisiones esperarán a los excursionistas en tiendas de campaña que hay en las afueras de la población.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión, traumatismo, intoxicación y enfermedad.

Señaló la vida que prestará a buena parte de las ciencias naturales, sobre todo a la Cirugía, la ley de referencia, que además crea una nueva especialidad, la de vulnerología, o perito en accidentes físicos por el trabajo. Por igual motivo al gran trabajo, problema cuya solución corresponde a los cirujanos, sin los cuales la ley no podría aplicarse en justicia.

No es de extrañar que, cuando, en unión de mi querido amigo Pulido, me dirigía anoche a la Academia de Jurisprudencia para oír la conferencia del doctor San Martín, mi atención estuviera tan pendiente de lo que iba a escuchar, que la desahogada cuando va a ser la protagonista entre los oyentes de la epístola de San Pablo. Aquella ve en los consejos del apóstol una nueva y florida senda de la vida; yo esperaba del senador por la Universidad Central, también apóstol de otra religión, la del sacerdocio médico, una verdadera lección para inspirarme y guiarme en mis relaciones legales con la disposición que regula cuanto se refiere a los accidentes que en sus faenas rudas sufren los que trabajan y ganan el pan, no ya con el sudor de su frente, sino con la sangre que suele verse de sus venas y los crujidos de sus músculos y huesos.

No me vi defraudado en mis esperanzas. Los Comentarios quirúrgicos a la ley de accidentes del trabajo, hechos por el doctor San Martín fueron tan numerosos, tan atinados, tan prácticos, que no es de extrañar se le aplaudiera con entusiasmo, al terminar, por el público que llenaba el salón, entre el cual se hallaban el diputado obreiro Sr. Angéles, lo más selecto de la clase médica madrileña y distinguidos juristas y políticos.

En los balcones habrá banderas españolas y francesas.—Real.

Después de un exordio verdaderamente original y de elogiar, por su ley, al señor Dato, que merece ser calificado por ella de bienhechor de la humanidad, expresó clara y sobriamente el concepto de las palabras lesión,

DE NUESTRO CORRESPONSAL

TELEGRAMAS DE FABRA

París 23.—Anuncio de Reims que a consecuencia de los incidentes del domingo último en la iglesia de Santiago, el general Hartschmidt ha dado una orden del día censurando a los militares que hayan asistido como espectadores ó curiosos á tan lamentables escenas, y recomendando que eviten en el futuro concurrir al templo de Santiago para «porquerías como las del domingo anterior».

Londres 23.—*The Morning Leader* inserta un despacho de Nueva York, en el que se dice que 900 italianos de los que trabajan en los ferrocarriles subterráneos y que hoy están en huelga, acompañados de 40 mujeres, trataron de ejercer coacción sobre los que segun trabajan, y que la Policía, para evitar una gran matanza, usó una gran brutalidad causándose numerosos heridos.

EL TIFUS

En la Dirección de Sanidad se nos facilitó la siguiente nota:

De la visita minuciosa y detenida hecha por el director de Sanidad en la mañana de ayer a los enfermos del Hospital de Epidemias resulta que, examinados los enfermos uno por uno, padecen;

Tifus exantemático..... 20
De diagnóstico dudoso..... 40

Que no padecen enfermedad confundible con el tifus, a pesar de lo cual, y por seguridad

CORREO TAURINO

Y tengo este mi humilde opinión y voy a exponerla sincera y brevemente.

Al gobernador civil del distrito de Madrid, que es cumplido y recto, pero en las circunstancias que se corrijan las deficiencias grandes de que adolece.

Al jefe de autoridad en el palacio presidencial debe mirarse a cuidar de la conservación del orden, y la dirección de la corrida, se debe encomendar a una personalidad cuyos conocimientos en la materia sean de primera mano.

Si no para bien que sea el espada el que dirija la lidia en cada toro, póngase en el palco de la autoridad a alguien que sepa lo que son toros, y que sepa también cómo llevar la lidia en cada modo distinto que en otros.

¿Que quién puede ocupar tan importante puesto? Por ahí está Domingo Vázquez, Paco Frascuelo, el señor de la lidia, y los señores de la lidia antiguos y de acreditados conocimientos taurinos.

Además de éstos hay inteligentísimos aficionados, que dan quince y raya a los toreros más aventajados en el mundo que toca a saber lo que habían de hacer.

Desfallece entre los indiciados y retribúyase al que desempeñe el puesto, para que su responsabilidad sea proporcional a la importancia de la función que ha de desempeñar.

Mientras no se haga algo en este sentido, y sigan

que salí corriendo en la que va de temporada reses de Veracruz, Hidalgo, Gómez, Martínez, Moreno San, Samaria, Cámaras y Gamero Cívico.

No he de envidiar a los señores de ninguna ganadería, pero sí son mejores o peores, o si se han perdido o no correr de las ganaderías que tienen toros vendidos a la empresa, sino únicamente voy a dar los nombres de las ganaderías que he corrido en el último año el célebre Camarón, a aquel que hoy se cita como modelo de empresas, y cada cual va a comparar según su modo de pensar y juzgar.

Se celebraron el año pasado 12 corridas de toros en la empresa y una que dió la Diputación provincial.

De aquellas 26 corridas fueron seis de Laffitte, dos de López Navarro, tres de Noltes de Prado, dos de Salas y Muro, una de Murruvó, una de Sallitua, una de Adalid, una de Salas y siete en que se corrieron toros de dos, tres y hasta seis ganaderías distintas en alguna corrida.

En las corridas de Laffitte, que he querido con toros de diversas ganaderías, no quiero pensar lo que se diría de saldos y quebras.

Excusamos decir la que se armaría si de una ganadería se tolosen los toros para una corrida, como aquel año ocurrió en los cerros de Laffite.

En otra cosa estábamos mejor entonces; las grandes figuras del toro de aquel tiempo, Rafael y Salas, se toros en 21 y 22 corridas respectivamente.

Hoy no hay figuras como aquellas, pues con ellas

BOLETÍN METEOROLÓGICO

DE SPORT

El gran premio de la U. V. E.

Hoy, á la ocho en punto de la mañana, ha tenido lugar la carrera organizada por la Unión Velocipédica Española, en que se disputa el gran premio.

Esta carrera es la mejor de cuantas se celebran durante el año.

Los premios son cuatro: 750 pesetas concedidas por el Rey D. Alfonso XIII, presidente honorario de la Sociedad; 250, de la Unión; 200, reunidas por suscripción entre los individuos del Comité Central, y 210, de los señores Ortega, Gaietta, Lozano (D. Julián y don Eusebio), S. Santos, Hermagoso.

Más, mucho más que de las actas graves de las últimas elecciones, se habla en círculos, casinos y tertulias, del aroma que tiene el torrefacto café de «La Estrella».

TOS FERINA, lo saben las madres. Se cura en

pocos días con la LACTOFERINA del Dr. M. C. deiro, caja 5 pesetas. Pídase en farmacias.

THE
BERLITZ
SCHOOL OF LANGUAGES
ENSEÑANZA PRACTICA

DE

LINCOLN VILLAGE

LENGUAS VIVAS

París 1900. Dos medallas de oro

150 sucursales en Europa

PRECIADOS, 5, PRAL. MADRID

BARCELONA: Rambla de las Flores, 17.
SEVILLA: Méndez Núñez, 19.

VALENCIA: Pinter Sorolla, 11.
BILBAO: Campa de Albia, 1.

CARTAGENA: Calle Jafa, 26.
VIGO, CORUÑA, LISBOA, OPORTO.

ANUNCIOS OFICIALES

6, PRINCIPE, 6
Limonada purgante Simón
 Dr. Romero Landa. Farma
 cia: 3, Caballero de Gracia, 3.-

L'Argus lit 8.000 journaux par jour.
Ecrire 14, rue Drouot. Paris.

Corredera Baja
(CONTIGUO AL T)
Teléfono numero 434

TEATRO DE LARA)
Pidanse presupuestos

Emilio Cortés AGENCIA DE ANUNCIOS
Jacometrezo, 50, primero

En nuestra Administracion Se admiten anuncios y suscripciones
37, San Marcos, 37

El secreto de Chalusse

de Margarita no se la resentido (en nada).
—Y así es la verdad, madre mía.
—Tuvo la suficiente voluntad para ins-
truirse?
—Margarita sabe todo cuanto puede apren-
der en cuatro años una joven de inteligencia
privilegiada, cuanto se le asignada para extra-
er sólo el estudio es su refugio y su co-
suelo.
—Si te dirigiera una carta, ¿estaría escrita
en francés correcto y no sembrada de faltas
de ortografía?
—¡Ya lo creo!—dijo Pascual.
Una inspección a memoria lo detuvo. Corrió
a su habitación y pocos segundos después
volvió llevando en la mano un paquete de
cartas que arrojó sobre la mesa, diciendo:
—¡Toma y lee, madre mía!

Con mucha calma, la señora Ferraille
acabó sus lecturas y después de haberse pue-
sado se dijo:
Esta operación duró mucho tiempo. Con
los pocos apoyados en la mesa y la frente en-
tre las manos, Pascual aplicaba toda su pen-
etración a espiar en la fisonomía de su madre
la manifestación de sus impresiones.
Evidentemente estaba extrahada.

No esperaba ella, en verdad, encontrar en
las cartas de Margarita aquella elevación de
sentimientos, aquella expresión de una ener-
gía semejante a la suya, y hasta como un eco
de sus mismas preocupaciones.
Pero que aquella joven participaba de las
mismas ideas que ella misma, Ferraille, mu-
cho más menudo se había preguntado si su na-
cimiento no interpondría un abismo infran-
queable entre Pascual y ella.

Solamente se tranquilizó él en que e-
viejo luz de paz, después de haber escuchado
de la boca de su madre la misma pala-
bra.
Si yo tuviera un hijo, me consideraría
orgulloso de que usted le quisiera.

Bien pronto vio Pascual que su madre se hallaba enternecida, y que en un momento dado, quitándose los lentes, enjugó alguna lágrima lánguida que hizo saltar de alegría el corazón del hijo.

—Estas cartas son admirables—dijo ella.—Jamás una joven educada por su buena madre hubiera podido manifestar mejor sus nobles sentimientos. Sólo que...

Se interrumpió, no queriendo sin duda mortificar a su hijo, pero como éste la apuraba, continuó diciendo:

—Sólo que estas cartas tienen la contra de haber sido dirigidas á ti.

Pero ésta fue la última objeción de su obstinada resistencia.

—Ahora—añadió—espera antes de juzgar á tu madre.

Y de un golpe, fué derecha hacia una cómoda y de uno de los cajones sacó una carta toda arrugada y sucia, que entregó á su hijo al mismo tiempo que le decía:

—¡Lee esto con atención!

Esto era la esquila escrita con lápiz que la señora Leon había entregado á Pascual y que él había adivinado más bien que leído á la luz de un farol, que él había arrojado á su madre al entrar en su casa, y que ella había guardado cuidadosamente.

Hubo perdido él la cabeza la noche en que quedó anonadado por aquella carta cruel, mientras que entonces gozaba de toda la plenitud de sus facultades.

Apenas sus ojos se fijaron en la carta cuando se puso de pie, pálido y convulso, y con voz profundamente alterada, exclamó:

—¡No es Margarita la que ha escrito esto!

Esto era el sobornamiento debía dejar á Pascual esta carta.

—Pero estaba yo loco?—murmuró.—Efraude es tan grosero que salta á la vista.

—¿Cómo es posible que me haya dejado engañar de este modo?

Y como si hubiera tenido necesidad de convencerse de que no se engañaba, continuó hablando consigo mismo, más bien que dirigiéndose á su madre:

—La letra se parece algo á la de Margarita, es cierto. No la han imitado muy mal del todo. ¿Quién ignora que casi todos los escritos con lápiz se parecen algo?

Lo que es claro, perfectamente claro, es que Margarita, que es la sencillez en persona, no ha podido emplear esas frases retumbantes y pretenciosas, parecidas á las que se emplean en los malos dramas. ¿Cómo he podido yo creer que Margarita hubiera podido escribir esto? ¡No se pueden faltar á los juramentos, que se hacen á un moribundo y yo cumpliré el que he hecho, aunque mi corazón se roncara en mil pedruzcos!

—¡Eso es tanto! ¡Pues y esto otro? ¡Olvídate, usted, pues, á ésta que tanto le quiso en otro tiempo; ahora es la prometeda de otro hombre y el honor la exige hasta olvidar el nombre de usted!

Decíamaba Pascual esto con tono y ademanes tan burlescos, que hacía resaltar más lo que decía.

—Quizás había en él, en aquel momento, algo de esa locura, al menos de esa exaltación que produce en el cerebro una alegría inesperrada.

—Pues y esas faltas de ortografía?—añadió.—Te has fijado bien, madre mía? No puede decirse que sean olvidos motivados por la prisa. Aquí se patentiza la ignorancia puesto que yo he reparado varias veces las mismas faltas. Se ve claramente que la persona que ha falsificado la carta tiene la costumbre de escribir siempre así.

La señora Ferailleux escuchaba. En su rostro, completamente impasible, no se manifestaba emoción de ninguna especie.

Todas estas objeciones las había ella dado muchas vueltas en su imaginación durante tres días, estudiando con detenimiento la carta y procurando hacer luz en el asunto.

—No más raro es que todas esas faltas no tienen explicación, porque la carta es sencillamente una copia.

—¿Una copia?—preguntó Pascual.

—Al pie de la letra! Anoche, cuando yo estaba por vigésima vez, me pareció recordarte haber leído eso en otra parte. ¿Dónde cuándo?

—Cuanto toda la noche no hice otra cosa que pensar en eso. Pero esta mañana cuando yántame, recordé de pronto un libro que hacía las delicias de las obreras de nuestra fábrica, y con el cual yo me había leído muchas veces. Por eso, cuando estaba tan

entró en una librería y he comprado el libro. Ahí le dije sobre la chimenea ¡Tómale lo!

Obedeció Pascual y quedó verdaderamente sorprendido del libro, cuyo título estaba comido y escrito del modo siguiente:

EL SECRETARIO INDISPENSABLE

*universal y completo
para uso de los dos sexos
en todas las situaciones de la vida.*

—Mira en esa página que está señalada: dijo la señora Ferrailleur a su hijo:

Miró él y leyó:

(Modelo núm. 198).—*Carta de una joven que ha jurado á su padre moribundo renunciar que ama y conceder su mano á otro.*

¡Caballero!

Yo he estado, en sus últimos momentos, me he suplicado tanto, que no he tenido el valor de resistir... etc., etc.

Y de este modo, línea por línea, palabra por palabra, la carta era una copia exacta, exceptuando las faltas de ortografía, de una prosa estúpida de «El secretario indispensable».

Ya no era posible la duda.

Paralelo á Pascual que una venda se le había caído de los ojos y que veía desarrollarse de una manera perfecta y lógica, dentro de la infancia, la doble intriga urdida para establecer un abismo entre Margari y él.

Le habían deshonrado, con la esperanza de que ella lo rechazaría y renegaría de él. Sin duda se habían equivocado y habían inventado una falsa ruptura, por si acaso se ocurría á su amor á justificarse ante ella.

Así, pues, su amor, no obstante algunas pequeñas dudas de corta duración, había sido más clarividente que todos los razonamientos y que todas las apariencias.

Por eso tenía él razón cuando decía á su madre:

—¡Nadie podrá convencerme de que Margari me abandonó en el momento en que se desgraciado! ¡Nadie me convence tampoco de que de más crédito á los miserables que me acusan antes de que yo me haya defendido ante ella! La evidencia parece estar en

mi, las apariencias me condenan; no importa. En aquel momento relacionaba una posición de sinceridad con la de un hombre parecido contradictorias.

Algunos momentos antes se preguntaba: ¿Cómo me escribe Margarita que su padre momentos antes de morir, la ha obligado a hacer el juramento que causa mi desesperación, y por otra parte el marqués de Valerio afirma que el conde murió tan repentinamente que no tuvo tiempo de reconocer a hija de Margarita su inmensa Fortuna?

Una de esas increíbles afirmaciones era seguramente falsa. Pero, ¿cuál de ellas? Probablemente la de la carta.

En cuanto a la falsificación de ésta, no podía ser obra sino de la señora Leon.

Sobre este punto la certidumbre era completa, absoluta.

Si no hubiera habido bastantes pruebas, copia contenida en «El secretario indispensable» hubiera descubierto todo.

Esta infamante exposición, entonces a Pascual la turbación y el malestar del ama de llaves, ante la puertecilla del jardín. Se conocía y temblaba al pensar que quizás la había copiado y seguido, y que de un momento a otro podía sospechar Margarita y descubrir todo.

—Mi opinión—dijo la señora Ferraille—es que lo mejor sería hacer saber a esta de la carta a Joven que su dama de compañía es vendida a París y encargada de espionaje.

Pascual iba a contestar aprobando la idea, pero reflexionando dijo:

—Margarita debe estar vigilada muy y con mucha precaución, y si yo pretendo verla o me aventuro a escribirle, nuestros enemigos lo sabrán inmediatamente.

En ese caso, podríamos echarlo todo a perder, tendríamos que renunciar a ganar nada, y perder lo que tantas ventajas llevamos ahora.

—¿Preferes dejarla expuesta a todas las maquinaciones que contra ella se hacen?

—¡Si! An admitiendo que se tralla expuesta, que seguramente lo está, Margarita de su pasado una experiencia muy superior a su edad y a su situación y no tendría inconveniente en asegurar que ya está ella al corriente de todo.

Pero era necesario saber lo que había sido de Margarita, y Pascual se devanaba los sesos buscando un medio de averiguarlo, cuando de pronto exclamó:

—¿Y la Vantrasson?... ¿No la teníamos aquí? ¿Pues si vivíamos de ella! No creo que sea muy difícil hallar un pretexto para mandar al hotel de Chalusso. Ella haré hablar á ella; nosotros la haremos hablar á ella, y nos pondrá al corriente de todo.

La resolución que adoptaba Pascual era heroica.

El día antes hubiera dudado mucho antes de adoptarla. Pero el heroísmo es fácil para el tiempo, y ella, y él de hora en hora, por decirlo así, veía aumentarse las probabilidades de éxito y vencerse obstáculos que en un principio le habían parecido insuperables.

Ya no le preocupaba la oposición de su madre, que antes le parecía una desgracia inmensa.

—¿Cómo podía temerla! después de la gran prueba de equidad que acababa de darle demostrándole la falsedad de la carta; es decir al descargar á Margarita de la culpa que la achacaba de haber dejado á Pascual?

Sin embargo, aquella noche durmió poco y mal, y, al siguiente día, ni salió de casa ni habló con su madre una sola palabra.

Solamente pensaba en madurar el plan de ataque que proyectaba contra el marqués Valorsay.

Gracias al barón Trigault, tenía sobre sus poderosas ventajas, sobre todo los 100,000 francos que él le daba. Lo importante era servirse de esa suma con toda la habilidad posible para ganarse la confianza del marqués y que éste se entregara á Pascual.

Sus reflexiones tuvieron un resultado, y el momento en que se dirigía á casa de enemigo, Pascual dijo á su madre:

—¡Ya tengo mi plan, y si el barón me permite obrar á mi antojo, Valorsay es mío por completo!

Ayuntamiento de Madrid